

## Capítulo 1. Pequeño monstruo

**O**currió por primera vez cuando tenía cinco años. Acababa de colorear en *Mi libro de jardín de infancia*. Estaba lleno de dibujos picasianos de mamá y papá, un collage Elmer<sup>1</sup> hecho con pañuelos de papel pegados entre sí y las respuestas a preguntas (color favorito, mascotas, mejor amigo, etc.) anotadas por nuestra centenaria profesora, la señora Peevish. Mis compañeros de clase y yo estábamos sentados en la zona de lectura formando un semicírculo.

—Bradley, ¿qué quieres ser de mayor? —preguntó la señora Peevish, una vez contestadas las otras preguntas.

—¡Bombero! —gritó él.

—¿Cindi?

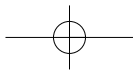
—Pues... enfermera —susurró Cindi Warren dócilmente.

La señora Peevish preguntó lo mismo al resto de la clase. Oficiales de policía. Astronautas. Futbolistas. Finalmente me tocó a mí.

—Raven, ¿qué quieres ser de mayor? —dijo la señora Peevish mirándome fijamente con sus ojos verdes.

No contesté.

1. *N. de la T.*: Empresa que produce material para hacer manualidades.



—¿Actriz?

Negué con la cabeza.

—¿Médico?

—Nuh-uh —dije.

—¿Azafata?

—¡Puaj! —respondí.

—¿Entonces qué? —preguntó irritada. Lo pensé por un instante.

—Quiero ser...

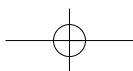
—¿Sí?

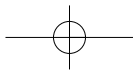
—Quiero ser... ¡vampiro! —grité, para el asombro de la señora Peevish y de mis compañeros de clase. Por un momento creí que empezaba a reírse y quizá sí lo hizo. Los niños que se sentaban a mi lado empezaron a apartarse de mí lentamente. Pasé la mayor parte de mi infancia viendo a los demás apartarse lentamente de mí.

Me concibieron en la cama de agua de mi padre o en el tejado del colegio mayor de mi madre, bajo un cielo estrellado. Todo depende de quién de los dos cuente la historia. Mis padres eran dos almas gemelas que no podían dejar atrás los setenta: amor verdadero mezclado con drogas, incienso con olor a frambuesa y música de los Grateful Dead.

Imagino a una chica descalza con vaqueros recortados, un top escotado y collares de cuentas abrazada a un chico bronceado de pelo largo, sin afeitar, con gafas a lo Elton John, chaleco de cuero, pantalones de campana y sandalias. Creo que tuvieron suerte de que no saliera más excéntrica. ¡Podría haber querido ser un hombre lobo hippie con abalorios en el pelo! Pero de algún modo acabé por obsesionarme con los vampiros.

Tras mi llegada al mundo, Sarah y Paul Madison dejaron de estar tan perdidos. O dicho de otro modo, mis padres dejaron de tener «la mirada tan perdida». Vendieron la floreada furgoneta Volkswagen en la que vivían e incluso alquilaron una pro-

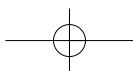




piedad. Nuestro apartamento hippie estaba decorado con pósters florales en 3D que brillaban en la oscuridad y con tubos naranjas que contenían una sustancia viscosa que se movía sola: lámparas de lava, de las que era imposible apartar la vista. Los tres nos reíamos y jugábamos a «Rampas y escaleras» mientras nos atiborrábamos de pastelitos Twinkies. Nos quedábamos despiertos hasta tarde viendo películas de Drácula, Batman y episodios de *Dark Shadows* con el infame Barnabus Collins en el televisor en blanco y negro que nos habían regalado al abrir una cuenta bancaria. Me sentía segura bajo el manto de la noche, frotando la creciente barriga de mamá, que hacía ruidos semejantes a los de las lámparas de lava. Pensaba que daría a luz a una sustancia viscosa, pero todo cambió cuando finalmente dio a luz a una masa viscosa: «el Raro». ¿Cómo pudo hacerlo? ¿Cómo pudo destrozar nuestras veladas de Twinkies? A partir de entonces, mamá se iba a dormir pronto y aquella creación a la que mis padres llamaron «Billy» lloraba y protestaba toda la noche. De repente me encontraba sola. Únicamente Drácula —el Drácula de la televisión— me hacía compañía mientras mamá dormía, el Raro berreaba y papá cambiaba pañales malolientes en la oscuridad.

Y por si eso fuera poco, me enviaron inesperadamente a un lugar que no era mi apartamento, que no tenía pósters de flores salvajes en 3D en las paredes, sino aburridos collages hechos con las huellas de los niños. ¿*Quién decora este sitio?*, me pregunté. Por todas partes había niños y niñas que parecían sacados de un catálogo de Sears. Ellas llevaban vestidos de volantes y ellos, perfectamente peinados, pantalones de pitillo. Mamá y papá lo llamaron «jardín de infancia».

—Serán amigos tuyos —me dijo para tranquilizarme mientras me aferraba a ella como si me fuera la vida en ello. Se despidió de mí y me lanzó besos mientras yo permanecía sola junto a la matronal señora Peevish, lo cual era lo más solo que



alguien puede estar. Vi a mi madre alejarse con el Raro apoyado en su cadera, mientras lo llevaba de vuelta a un lugar lleno de pósters luminiscentes, películas de monstruos y Twinkies.

De algún modo, me pasé el día cortando y pegando papeles negros, pintando los labios de una Barbie del mismo color y contando historias de fantasmas a la profesora adjunta mientras los niños del catálogo de Sears correteaban como si todos ellos fueran primos en un picnic de la típica familia americana. Incluso me alegré de ver al Raro cuando mamá finalmente vino a recogerme.

Aquella noche me encontró con los labios presionados sobre la pantalla del televisor intentando besar a Christopher Lee en *Drácula*.

—¡Raven! ¿Qué haces despierta a estas horas? ¡Mañana tienes que ir a la escuela!

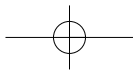
—¿Qué? —exclamé. La tarta de cerezas Hostess que había estado comiendo cayó al suelo, y mi corazón con ella.

—¡Pero creía que sólo tenía que ir una vez! —dije, presa del pánico.

—Cariño, ¡tienes que ir cada día!

¿Cada día? Aquellas palabras resonaron en mi cabeza. ¡Eran una sentencia de muerte! Aquella noche, el Raro no pudo competir con mis dramáticos lamentos y lloros. Mientras yacía en la cama, rogaba por que el sol no volviera a alzarse y por una oscuridad sin fin. Por desgracia, el día siguiente amaneció espléndido y yo tenía un monstruoso dolor de cabeza.

Ansiaba estar con al menos una persona con la que pudiese conectar. Pero no pude encontrar a nadie, ni en casa ni en clase. En casa, las lámparas al estilo Tiffany reemplazaron las de lava, los pósters luminiscentes se cubrieron con papel pintado de Laura Ashley y un moderno televisor en color de veinticin-



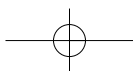
co pulgadas sustituyó a nuestro tosco aparato en blanco y negro. En la escuela, me dedicaba a silbar el tema de *El exorcista* en lugar de cantar las canciones de *Mary Poppins*.

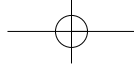
A mitad de curso traté de convertirme en vampiro. Trevor Mitchell, un niño rubio de pelo perfectamente peinado y de cansados ojos azules, se convirtió en mi objetivo desde el momento en que me quedé mirándolo fijamente cuando intentó adelantarme en el tobogán. Me odiaba porque era la única que no le temía. Los niños y el personal docente le hacían la pelota porque su padre era el dueño de la mayor parte del terreno donde se asentaban sus casas.

Trevor estaba en la fase del mordisco, no porque quisiera ser un vampiro como yo, sino porque era mezquino. Había arrancado trozos de carne de todos menos de mí, y yo me estaba empezando a mosquear.

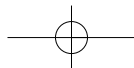
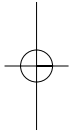
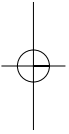
Estábamos en el patio, de pie junto a la canasta de baloncesto, cuando pellizqué la piel de su enclenque bracito tan fuerte que creí que la sangre saldría a borbotones. Se puso colorado como un pimiento. Permanecí inmóvil y esperé. Trevor temblaba de ira y sus ojos rezumaban venganza mientras yo le sonreía maliciosamente. Entonces dejó la huella de sus dientes en mi mano expectante. La señora Peevish tuvo que obligarle a sentarse junto al muro de la escuela y yo bailé felizmente por todo el patio esperando transformarme en un murciélago.

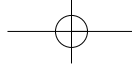
—Esa Raven es extraña —oí que le decía la señora Peevish a otra profesora, mientras yo pasaba dando saltos al lado del lloroso Trevor, quien ahora descargaba su ira contra el asfalto. Le lancé un agradecido beso con mi mano mordida y mostré la herida con orgullo mientras me subía al columpio. Ahora podría volar, ¿verdad? Aunque necesitaría algo que me hiciera coger mucha velocidad. El asiento se elevó hasta el nivel de la par-





te superior de la valla, pero yo quería alcanzar las esponjosas nubes. Cuando salté, el oxidado columpio empezó a combarse. Tenía planeado volar a través del patio hasta alcanzar al sorprendido Trevor. Sin embargo, me precipité al fango, lastimándome aún más mi mano mordida. Lloré más por el hecho de no poseer poderes sobrenaturales como los de mis héroes de televisión que por mi carne palpitante. Con el mordisco envuelto en un trapo con hielo, la señora Peevish me sentó contra la pared para que descansara mientras Trevor, el mocosito mimado, jugaba con total libertad. Me lanzó un beso burlón y dijo «Gracias». Le saqué la lengua y le dediqué un insulto que había oído en boca de un gánster en *El Padrino*. La señora Peevish me hizo entrar inmediatamente. Me hicieron entrar muchas veces durante mis recreos infantiles. Mi destino era tomarme un descanso de mis descansos.





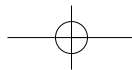
## Capítulo 2. Dullsville

**E**n el cartel de bienvenida de mi pueblo debería poner «Bienvenidos a Dullsville: ¡mayor que una cueva pero lo suficientemente pequeño como para sentir claustrofobia!»

En Dullsville viven 8.000 personas que se parecen entre sí en casas idénticas rodeadas de campos de cultivo. La climatología (hace sol todo el año) es absolutamente deprimente. Las vías del tren de mercancías que pasa por el pueblo a las 8:10 separan el lado equivocado del correcto, los campos de trigo del campo de golf, los tractores de los carritos de golf. Creo que el pueblo sufre una regresión. ¿Cómo es posible que la tierra en la que se cultiva maíz y trigo valga menos que la que está llena de trampas de arena?

El centenario palacio de justicia se asienta en la plaza mayor. No me he metido en suficientes líos como para que me arrastren allí. Todavía. Alrededor de la plaza hay tiendas, una agencia de viajes, una tienda de informática, una floristería y un cine donde se ven reposiciones a buen precio.

Ojalá nuestra casa estuviera sobre las vías del tren y tuviera ruedas para que pudiéramos salir del pueblo, pero vivimos en el lado correcto, cerca del club de campo. Dullsville. El único lugar emocionante es una mansión abandonada que una baro-



nesa exiliada construyó en lo alto de Benson Hill, donde murió completamente sola.

Sólo tengo una amiga en Dullsville: Becky Miller, una chica de granja que es aún menos popular que yo. Cuando nos conocimos, estábamos en el tercer curso. Yo estaba sentada en las escaleras de la escuela esperando que mi madre viniera a recogerme (tarde, como siempre) cuando reparé en una niña revoltosa encogida al pie de las escaleras que lloraba como un bebé. No tenía amigos porque era muy tímida y vivía al este de las vías. Era una de las pocas niñas granjeras que había en la escuela y se sentaba dos filas por detrás de mí.

—¿Qué ocurre? —pregunté, sintiendo lástima por ella.

—¡Mami se ha olvidado de mí! —gritó, tapándose el infeliz rostro cubierto de lágrimas con las manos.

—No, no lo ha hecho —la consolé.

—¡Nunca llega tan tarde! —gritó.

—Quizá esté en un atasco.

—¿Tú crees?

—¡Claro! O quizá recibió una llamada de uno de esos vendedores entrometidos que siempre preguntan «¿Está tu madre en casa?»

—¿De verdad?

—Pasa constantemente. O quizás tuvo que parar a comprar aperitivos y había mucha cola en el 7-Eleven.

—¿Haría eso?

—¿Por qué no? Tenéis que comer, ¿no? Así que no temas, pronto estará aquí.

Y efectivamente, apareció una camioneta azul con una madre apenada y un simpático y peludo perro ovejero.

—Mi mami dice que puedes venir el sábado si a tus padres les parece bien —dijo Becky mientras corría hacia mí.

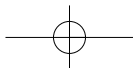
Nunca nadie me había invitado a su casa. Aunque no era tan tímida como Becky, era igual de impopular. Siempre llega-

ba tarde al colegio porque me dormía, llevaba gafas de sol en clase y tenía mis propias opiniones, lo cual era muy poco común en Dullsville.

Becky tenía un patio trasero del tamaño de Transilvania, un lugar genial para esconderse, jugar a ser monstruos y comer todas las manzanas que cupieran en el estómago hambriento de una persona de tercer curso. Yo era la única de mi clase que ni le pegaba, ni le ignoraba, ni le insultaba. Es más, pateaba a quien lo intentara. Era mi sombra tridimensional. Yo era su mejor amiga y su guardaespaldas. Aún lo soy.

Cuando no jugaba con Becky, pasaba el tiempo pintándome los labios y las uñas de negro, desgastando aún más mis ya de por sí roídas botas militares o sumergiéndome en las novelas de Anne Rice. Tenía once años cuando fui con mi familia de vacaciones a Nueva Orleans. Mamá y papá querían jugar al *blackjack* en el casino flotante *Flamingo*. El Raro quería visitar el acuario y yo sabía lo que quería: visitar la casa donde nació Anne Rice, los sitios históricos que había restaurado y la mansión que era ahora su hogar.

Permanecí en estado de trance a las puertas de su mega mansión gótica mientras mi madre, a la que no había invitado, me acompañaba. Podía intuir los cuervos que nos sobrevolaban, a pesar de que probablemente no hubiera ninguno. Era vergonzoso no haber venido de noche porque todo habría sido mucho más hermoso. Algunas niñas que tenían un aspecto parecido al mío hacían fotos desde el otro lado de la calle. Quería acercarme a ellas y decir «Seamos amigas. ¡Podríamos recorrer el cementerio juntas!». Por primera vez en mi vida sentí que encajaba. Me encontraba en la ciudad en la que los ataúdes se apilan a la vista de todos en vez de esconderse bajo tierra. Había chicos universitarios con crestas rubias de diferentes tonalidades. Por todas partes había gente con estilo, excepto en Bourbon Street, donde los turistas parecían recién llegados de



Dullsville. De repente, la limusina más negra que había visto en mi vida dobló la esquina. El conductor, que llevaba una gorra negra de chófer, abrió la puerta y ... ¡ella salió del coche!

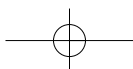
Parecía que el tiempo se había detenido y me quedé de piedra. ¡Tenía al mayor de todos mis ídolos vivos delante de mis narices! Resplandecía como una estrella de cine, un ángel gótico, una criatura celestial. Su brillante melena negra caía sobre sus hombros. Llevaba una cinta dorada en la cabeza, una larga falda de seda y un fabuloso abrigo oscuro al estilo de los vampiros. No podía ni hablar y creí que entraría en estado de *shock*. Afortunadamente, a mi madre nunca le faltan las palabras.

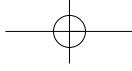
—¿Podría firmarle un autógrafo a mi hija, por favor?

—Por supuesto —respondió dulcemente la reina de las aventuras nocturnas.

Me acerqué a ella y mis piernas parecieron derretirse bajo el sol. Después de firmar en un Post-it amarillo que mi madre llevaba en el bolso, la estrella gótica se puso a mi lado y me rodeó con su brazo.

¡Anne Rice había accedido a hacerse una foto conmigo! No había sonreído tanto en mi vida. Probablemente ella lo hacía como otras tantas veces. Era un momento que ella nunca recordaría pero que yo no podría olvidar jamás. ¿Por qué no le dije que me encantaban sus libros? ¿Por qué no le conté lo mucho que ella significaba para mí y que creía que tenía cualidades que nadie más poseía? Pasé el resto del día gritando de emoción, describiendo la escena a papá y al Raro una y otra vez en nuestra pensión llena de antigüedades y paredes pintadas de rosa pálido. Era nuestro primer día en Nueva Orleans y ya estaba preparada para volver a casa. ¿A quién le importaba el estúpido acuario, el Barrio Francés, las bandas de *blues* o los collares del Martes de Carnaval cuando acababa de ver a un ángel vampírico? Después de esperar todo el día a que revelaran





el carrete, descubrí que la foto no había salido. Volví con mi madre al hotel con el ánimo por los suelos. ¿El hecho de que apareciéramos en las fotos por separado significaría que era imposible capturar la imagen de dos amantes de los vampiros? ¿O simplemente servía para recordarme que ella era una brillante escritora de éxito mientras que yo sólo era una niña gritona y fantasiosa que pasaba por una fase oscura? ¿O quizá mi madre era una fotógrafa desastrosa?

